

UN CUADRO DEL MOMENTO EVOLUTIVO DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MEXICO, HACIA 1923

J. J. IZQUIERDO
Académico de número

A. *El cuadro.*

Por encargo del académico, doctor don Daniel M. Vélez, el pintor don Daniel del Valle ejecutó entre 1923 y 1924, un gran cuadro que representa a los sesenta y nueve socios que entonces tenía la Academia de Medicina de México.

El artista empezó por tomar una fotografía de casi todos ellos, distribuidos en la forma en que había decidido agruparlos, y después, en su taller, hizo el estudio individual de cada uno. Sólo para los que se hallaban ausentes o enfermos, o que por lo elevado de su posición oficial no concurren en ninguna de dichas ocasiones, tuvo que conformarse con sus retratos. Los académicos quedaron representados reunidos en el gran salón de juntas del Departamento de Salubridad, en el cual la Academia se venía reuniendo desde que por segunda vez había sido expulsada del edificio de la Escuela de Medicina, celebrando una sesión de trabajo, irreal tanto por el número de los que participan en ella, como por la forma en que tiene lugar. Puso como año de terminación de la obra, el de 1924, pero en vista de que desde principios de dicho año empezaron a fallecer algunos de los componentes del grupo, convendrá designarla en lo futuro, como el *cuadro de los académicos de 1923*.

Al volver la Academia a su antiguo local, en enero de 1925, el cuadro quedó colocado en el pequeño cuarto con entrada cercana al gran zahuán de la Escuela, que sirve de vestíbulo a su actual salón de actos, pero cuando después, en 1929, la Academia fué nuevamente cambiada al local en que ha permanecido hasta la fecha,¹ el cuadro fué a dar a una bodega, en la cual permaneció por más de veinte años y sufrió considerables daños, particularmente al ser ejecutadas las obras materiales del edificio, en 1933. Allí lo descubrió, mandó restaurar e hizo colocar en el salón de

¹ Véase Gaceta Médica de México, Tomo LX (1929-30) pág. 486.

juntas y biblioteca de la Academia, que mandó arreglar en 1952, durante su ejercicio presidencial, nuestro dilecto amigo y estimado consocio, el doctor don Luis Gutiérrez Villegas.²

El cuadro que ahora vemos (fig. 1) difiere del original (fig. 2), según podrá apreciarse con ayuda de las reproducciones adjuntas, que permitirán descubrir diferencias tanto en el arreglo de las paredes del salón, como en las actitudes de algunos académicos. Acerca de su valor artístico, mi distinguido amigo, el señor arquitecto don Federico E. Mariscal, se ha servido expresar los siguientes juicios, que copio de una nota que a petición mía se sirvió formular:

"Raras veces se encuentra una pintura de conjunto de una Sociedad, que nos recuerde o dé a conocer a sus miembros de manera fiel y que no sea un simple hacinamiento de figuras; tenía que ser el cuerpo médico mexicano el que la tuviera, ya que nuestros médicos se han distinguido por su decidida afición por las bellas artes. Pero es más raro aún, encontrar una pintura que, no obstante las grandes dificultades de representar a tantas personas, tenga variedad en los distintos grupos, interés y unidad en el conjunto."

"Fácil es caer hasta en lo ridículo, o al menos en lo amanerado e inexpressivo, en esos grandes conjuntos; pero en la pintura de la Academia Nacional de Medicina, de 1.30 x 2.00 m., logró el artista no sólo evitar esos defectos, sino despertar interés y obtener variedad en la composición, y buen colorido. Gracias al empeño de los doctores Vélez e Izquierdo, para lograr que el pintor don Daniel del Valle hubiera hecho del natural los retratos de los médicos, se pudieron lograr buenas figuras, algunas de valor estético por su colorido, su relieve y, lo que es más difícil, su carácter. Podría citar, como las que llamaron más mi atención, por esas cualidades, las de los doctores Nicolás León, López Hermosa, Monjaraz, Gama, Toussaint, y los que están en el centro con bata y trabajando, los doctores Ocaranza e Izquierdo. Lástima que la restauración que tuvo que sufrir haya alterado tonos y aun desdibujado figuras o partes de ellas: así, el verde del fondo resulta monótono y pesado; algunas de las pecheras de las camisas de los que están en último término son de colores azules falsos; hay alteraciones que desdibujaron el brazo y mano de una figura de primer término, así como las líneas perspectivas de un gran tapete que cubre parte del pavimento en el centro de la pintura."

Acerca del pintor, don Daniel del Valle (1867-1936), el señor arquitecto Mariscal se sirvió agregar que "fué del último grupo que formó el

² Véase Gaceta Médica de México, Tomo LXXXIII (1953) págs. 79-80.

sabio discípulo de Pelegrin Clavé, don Salomé Pina, a quien tocó la decadencia de nuestra Academia de Bellas Artes, a fines del gobierno del señor General Díaz, pero que tuvo entonces también como profesor de dibujo del desnudo, al talentoso pintor y notable dibujante don Santiago Rebul. A partir de 1883, del Valle fué alumno distinguido de nuestra Academia; muy buen dibujante; tuvo además la cualidad de prestarse a trabajar en las obras de los arquitectos, dirigiendo a los obreros pintores aun en los trabajos más modestos. Si la gran inspiración y los alardes de técnica no lucen en sus obras, en cambio fué siempre discreto y concienzudo. No culpemos al que, en época de decadencia, no pudo sobreponerse a una escuela envejecida y muy arraigada".

B. *El momento evolutivo representado.*

Decidí escribir esta nota, tanto para satisfacer los deseos y el interés manifestados por algunos nuevos académicos cuando conocieron el cuadro restaurado, como para dar cuenta del nuevo sentido que al volver a contemplarlo al cabo de veinte años, le encuentro como documento en el que quedaron recogidos los rasgos más salientes del momento evolutivo en que se hallaba nuestra Academia, hacia 1923.

Es innegable que muchos académicos que aparecen en el cuadro realizaron labores meritorias en el pasado, y por lo mismo es muy de lamentarse que no se hayan hecho sus biografías, en forma de análisis críticos, justos y serenos, para poner de manifiesto el valor de sus obras y de sus pensamientos, a la luz de las tendencias que dominaban en su tiempo, o en el inmediato anterior. Urge que las personas más idóneas las escriban, para que con ello luzcan los méritos, tanto de los que están olvidados, como de los que ya sea en vida, o después de muertos, cuando sus retratos han sido colocados en nuestra galería, han sido objeto de homenajes, ayunos de toda labor analítica. Pero, tratar de hacerlo en esta nota, sería tan inconducente como imposible de realizar, dado el número de individuos a los que habría que referirse, para cuya debida identificación me limité a preparar la pauta de la figura número 3.

Para la realización del propósito antes expresado, me bastará mencionar a aquellos académicos que tanto por la índole o por el campo de sus actividades, como por las situaciones en que quedaron colocados en el cuadro, pueden ser tomados como representativos de las tres categorías de hombres que contribuían a integrar el momento evolutivo de nuestra Academia, hacia 1923: los que habían sido testigos de su más remoto pasado;

los que ya deseaban o promovían un mejor presente, y los que empezaban a llegar, como promesas de un nuevo futuro.

1. *Los más antiguos testigos del pasado*

Los doctores Soriano y Villada, ambos octogenarios y de la mayor antigüedad como simples socios y como miembros honorarios de la Academia, por su edad ya no participaban en las labores de ésta, ni concurrían a sus sesiones, pero fué un acierto hacerlos aparecer presidiendo la irreal sesión de 1923.

El doctor don Manuel S. Soriano (1837-1927) quedaba como el eslabón viviente que ligaba a la Academia de 1923, no sólo con los fundadores de nuestra *Tercera Academia*, sino también con el más ilustre de los fundadores de la *Primera Academia*, don Manuel Carpio (1791-1860) el más entusiasta y perseverante de los reformadores^{3, 4, 5, 6} que en la tercera década del siglo pasado lograron dar vida, tanto al *Colegio de Medicina*, punto de partida de nuestra moderna Escuela, como a nuestra precursora, la *Primera Academia*.

Estudiante desde 1849, del ilustre *Colegio de San Gregorio*, y bachiller en filosofía de la Universidad, desde que cursaba el segundo año de medicina, en 1855, era ya preparador de Carpio, y le ayudaba a ejecutar algunas vivisecciones.⁷ Después de obtener su título profesional, en 1860, durante los dos años siguientes, logró visitar diversos centros médicos europeos y permanecer algún tiempo en París. A su regreso, vió surgir a nuestra *Tercera Academia de Medicina*, y sin pertenecer todavía a ella, leyó en su seno, en enero de 1865, un trabajo sobre *semiótica de la lengua*, que fué

³ Se encontrarán resúmenes biográficos acerca de Carpio: 1, en su *Elogio*, por el doctor F. Ocaranza, en la *Contribución de la Academia Nacional de Medicina*, en el Centenario de la fundación del Establecimiento de Ciencias Médicas, 1833-1933, págs. 75 a 95; 2, en la obra citada en 4, págs. 162 a 172; 3, en la obra citada en 5, cuyo capítulo XXI lo presenta particularmente en sus aspectos como reformador de la enseñanza médica.

⁴ Izquierdo, J. J. 1934. *Balance Cuatricentenario de la Fisiología en México*. México. Ediciones Ciencia.

⁵ Izquierdo, J. J. 1955. *El doctor Montaña y los orígenes del movimiento social y científico de México*. Con un prefacio por el Profesor Doctor Henry E. Sigerist. Ediciones Ciencia. México. (En prensa).

⁶ Para otras informaciones acerca del Doctor Soriano, véase el folleto: *El Doctor Manuel S. Soriano*, Decano de la Academia Nacional de Medicina y de los Médicos de la República Mexicana. Nota Bibliográfica por el Dr. N. León, Presidente de la Academia, etc. México. Antigua Imprenta de Murguía. Avenida 16 de Septiembre número 54. 1922.

⁷ Véase el trabajo del autor: *La labor de los Académicos Mexicanos en pro de la Fisiología*, leído en la sesión del 13 de octubre de 1954, que aparecerá próximamente en esta *Gaceta*.

publicado en la *Gaceta*,⁸ el año siguiente, mismo en el cual ingresó a la corporación. Tomando en cuenta su estancia en Europa, el gobierno de Maximiliano le pidió que participara en la formulación de los planes para la organización de una casa de maternidad en la ciudad de México,⁹ pero Soriano no aceptó la comisión sino hasta después de que sus amigos liberales lo autorizaron, atentos a que la comisión sin ser política, resultaba beneficiosa para el país. Soriano sugirió que la nueva casa quedara a disposición de la Escuela, con el fin de que ésta estableciera en ella una clínica de partos, para cuya conveniente dotación señaló los libros, instrumentos y demás materiales necesarios. Posteriormente, durante el larguísimo período de 1893 a 1915, el doctor Soriano estuvo encargado de la publicación de la *Gaceta Médica*.

El doctor don Manuel M. Villada (1841-1924), académico desde 1873, elevado a la categoría de honorario desde 1908, merece muy especial mención por sus méritos como naturalista insigne,^{10, 11} en cuya capacidad trabajó dentro de la Academia en un campo de estudio que después pasó mucho tiempo para que volviera a quedar representado. Cursó latinidad y filosofía en el antiguo *Colegio de San Juan de Letrán*; fué practicante en los hospitales de *San Andrés* y de *Jesús*, y obtuvo el título de médico cirujano en 1864. Llevado por tempranas aficiones al estudio de la botánica, y siendo ya profesor del *Museo de Historia Natural*, fué uno de los que en 1868 fundaron la *Sociedad Mexicana de Historia Natural*, de cuyo periódico, *La Naturaleza*, fué por muchos años principal e infatigable director. Hizo numerosos viajes de estudio por toda la República Mexicana, como fruto de los cuales publicó en el periódico citado, así como en los *Anales del Instituto de Toluca*, en las *Memorias de la Sociedad Científica "Antonio Alzate"* y en los periódicos del *Instituto Médico Nacional* y de la *Sociedad Humboldt*, numerosos estudios de mineralogía, geología, paleontología, zoología, y sobre todo, de botánica. Miembro de diversas sociedades científicas, quedaba Villada en 1923, como el único superviviente de aquella brillante generación de naturalistas mexicanos que estuvo formada por Alfonso Herrera, Manuel Urbina, Fernando Altamirano, Mariano de

⁸ Soriano, M. 1865. *De la semiótica de la lengua*. *Gaceta Médica de México*. Tomo Segundo (1866), págs. 35-42 y 49-54.

⁹ Soriano, M. S. 1912. *Origen de la Casa de Maternidad*. *Gaceta Médica de México*, Tomo VIII, tercera serie (1913) págs. 81-92.

¹⁰ Galindo y Villa, J. 1922. *Elogio del Dr. D. Manuel María Villada* (Naturalista insigne). *Memorias de la Sociedad Científica "Antonio Alzate"*. Tomo XL, págs. 65-78.

¹¹ Riquelme Inda, Julio. 1948. *Los Presidentes de la Sociedad Mexicana de Historia Natural en su primera época*. *Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*. Tomo IX, págs. 303-329. Sobre Villada, págs. 313-315.

la Bárcena, Antonio del Castillo, Leopoldo Río de la Loza, José Ramírez y otros. Al cumplir, hacía poco, ochenta años de edad y 58 de labores científicas, mucho se había lamentado que sus contemporáneos lo miraran con indiferencia y lo tuviesen olvidado, postergado y en condición miserable, como remate a toda una existencia de perseverancia y de trabajo.¹² Murió en 1924, sin que la *Gaceta* publicara nota alguna en su honor, pero al menos, en el discurso del primero de octubre de ese año, se le recordó como "sabio, bueno, de bondad proverbial, modelo en el hogar, sincero y afectuoso, recto e intachable", y aun se agregó que "de la botánica había formado una especialidad", y que sus "enseñanzas, perdurarían eternamente".¹³

2. El presente de 1923 y sus actores

Para comprender debidamente lo que era el presente de la Academia en 1923, conviene empezar por recordar, que durante la década anterior, a las condiciones de inquietud y depresión generales creadas en el país por diversas perturbaciones de orden social y político, y por las necesarias repercusiones de la primera guerra europea, se agregaron otros infaustos sucesos.

Un nuevo director, que llegó a nuestra Escuela el 30 de enero de 1913, pensando que la enseñanza debía ser esencialmente práctica y con pocas materias teóricas, y que por lo mismo mandó poner a la puerta del edificio magníficas colecciones de periódicos, que tenía por "papeles estorbosos", en el siguiente mes de abril¹⁴ logró expulsar a la Academia del local que venía ocupando en nuestro viejo edificio, desde 1864, so pretexto de necesitar de él para la ejecución de ciertas obras de modernización, que en fin de cuentas no fueron sino absurdas y aún ridículas mutilaciones y cambios en su arquitectura. La Academia reanudó sus sesiones en el *Instituto Médico Nacional*,¹⁵ aunque no con la regularidad ni el entusiasmo acostumbrados, pero como no se conformaba con actuar en local que no fuera propio, logró que el Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes le diera la casa número 43 de la quinta calle de Bolívar, como nueva sede que inauguró el 1º de octubre de 1913.¹⁶

Se tenía decidido conmemorar al año siguiente el primer quincuage-

¹² Véase 10, págs. 76-77.

¹³ Malda, G. M. 1925. *Discurso* como presidente saliente. *Gaceta Médica de México*, Tomo LVI, pág. 104.

¹⁴ Terrés, José. 1913. *Alocución* al dejar la presidencia. *Gaceta Médica de México*, Tomo VIII, tercera serie, pág. 259.

¹⁵ *Ibid*, pág. 260.

¹⁶ *Ibid*.

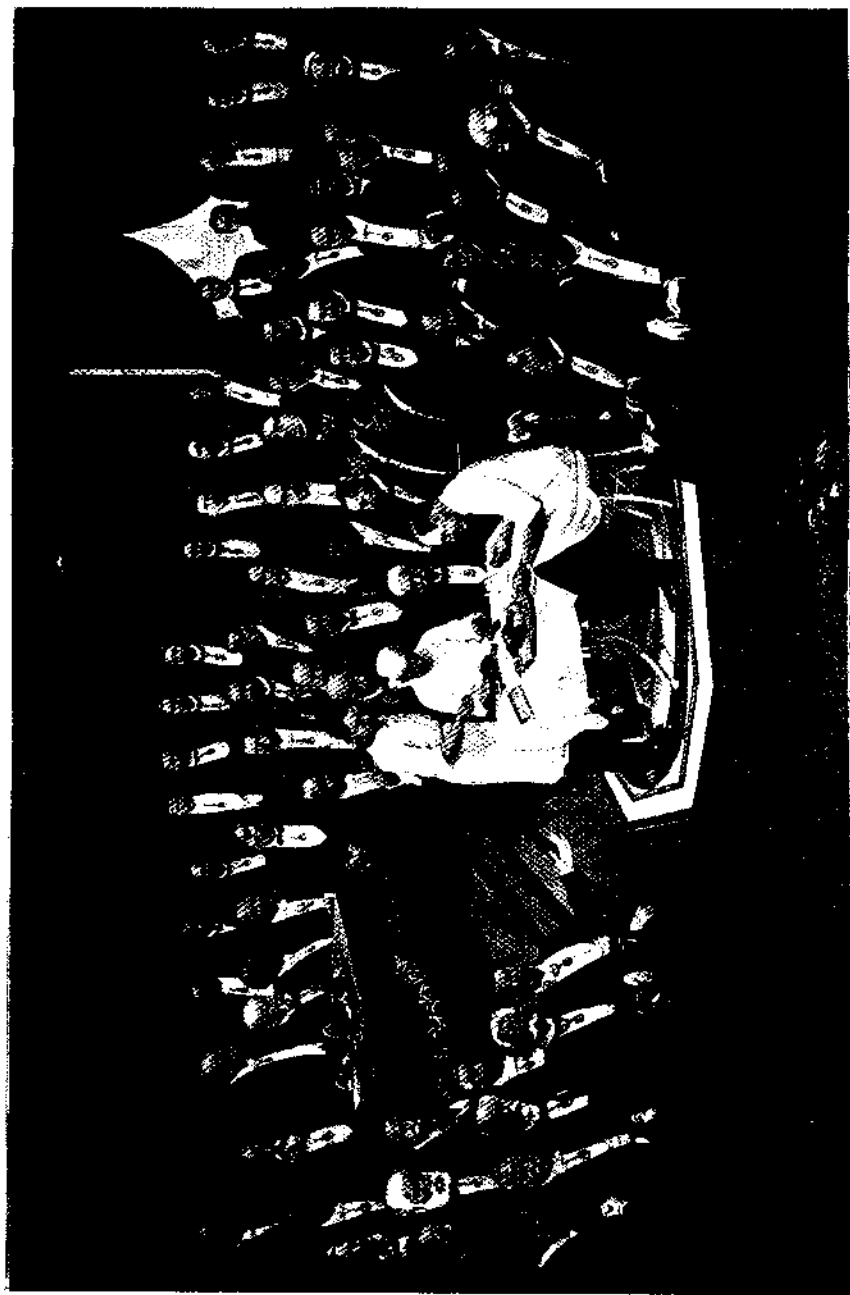


Fig. 1. *El cuadro de los Académicos de 1923*. Pintura de 1.3×2.0 metros, por don Daniel del Valle, restaurada en 1952. En el salón de juntas y biblioteca de la Academia Nacional de Medicina de México.

nario de la Academia, con una velada solemne, pero 7 días antes de la celebración, el Secretario de Instrucción ordenó que fuera suspendida,¹⁷ en vista de que el suelo veracruzano había sido hollado por la planta del extranjero. Sin embargo, para que la fecha no pasara inadvertida, celebróse el 30 de abril una sesión extraordinaria, de la cual dió cuenta el académico don Nicolás León, en la revista "Cosmos",^{18, 19} al principio de un artículo que dedicó a relatar los orígenes de la Academia.

La inauguración del nuevo año académico, el 1º de octubre siguiente, ya estuvo presidida por un funcionario del nuevo gobierno de la triunfante Revolución,²⁰ el cual se enteró de que la marcha de la Academia había sido detenida "precisamente en el momento en que cumplía 50 años de vida",²¹ por causa de su expulsión y entonces, así como en ocasión similar del año siguiente,²² prometió que habría ayuda oficial para la Academia.

Quien en 1919 presidió la inauguración del año académico, fué el Rector de la Universidad, quien con gran contento de todos, anunció que la Academia ya pronto volvería a su antigua casa.²³ Tres semanas más tarde, ante numerosísimo concurso de alumnos que la aclamaban, cumplió su ofrecimiento.²⁴

El siguiente año académico²⁵ ya pudo ser inaugurado en el mismo viejo

¹⁷ Véase Gaceta Médica de México, Tomo IX (1914) tercera serie, págs. 236 y 239.

¹⁸ León, N. 1914. *El quincuagésimo aniversario de la Academia Nacional de Medicina*. Magazine mensual Cosmos. Año III, Tomo V, junio, págs. 403-409.

¹⁹ El anterior artículo fué reproducido en la Gaceta Médica de México, tercera serie, Tomo IX (1914) págs. 295-301.

²⁰ Reseña en el *Apéndice* al Tomo IX de la Gaceta Médica de México, pág. 27. El acta relativa, en el Tomo X (1915) pág. 234.

²¹ *Discurso* del presidente saliente, doctor Ulises Valdés, *Apéndice* al Tomo IX de la Gaceta (1914), pág. 22.

²² Acta de la sesión del 1º de octubre de 1915. Gaceta Médica de México, tercera serie, Tomo XI (1917) págs. 146-147.

²³ Véase el acta relativa. Gaceta Médica de México, cuarta serie, Tomo I (1920), pág. 35.

²⁴ Véanse el acta relativa, *Ibid*, pág. 39, así como los breves relatos y alusiones hechas por el primer secretario doctor M. R. Soberón, en su informe al terminar el año académico, *Ibid*, pág. 550, y por el presidente saliente, doctor E. F. Montañón, en su discurso, *Ibid*, pág. 561. Ulteriormente la Academia reconoció que las gestiones del académico don Rosendo Amor, entonces Director de la Escuela de Medicina, contribuyeron grandemente para lograr la vuelta al edificio de ésta.

²⁵ Acta de la sesión inaugural, en Gaceta Médica de México, cuarta serie, Tomo I (1920), pág. 500. Véase también la pág. 547.

²⁶ De izquierda a derecha: sentados, J. J. Izquierdo, segundo secretario; A. Brioso Vasconcelos, administrador de la Gaceta; E. Montañón, presidente entrante; G. Díaz Lombardo, presidente saliente; M. R. Soberón, primer secretario saliente; J. Arroyo, primer secretario entrante; y R. Tapia Fernández.—Primera fila, de pie: F. Bulman; E. O. Aragón; R. Cicero; T. G. Perrín; G. Castañeda; M. Godoy Alvarez y M. Cordero.—Segunda fila, de pie: F. Ocaranza; R. Silva; D. López; I. Prieto; E. Ulrich y D. M. Vélez.

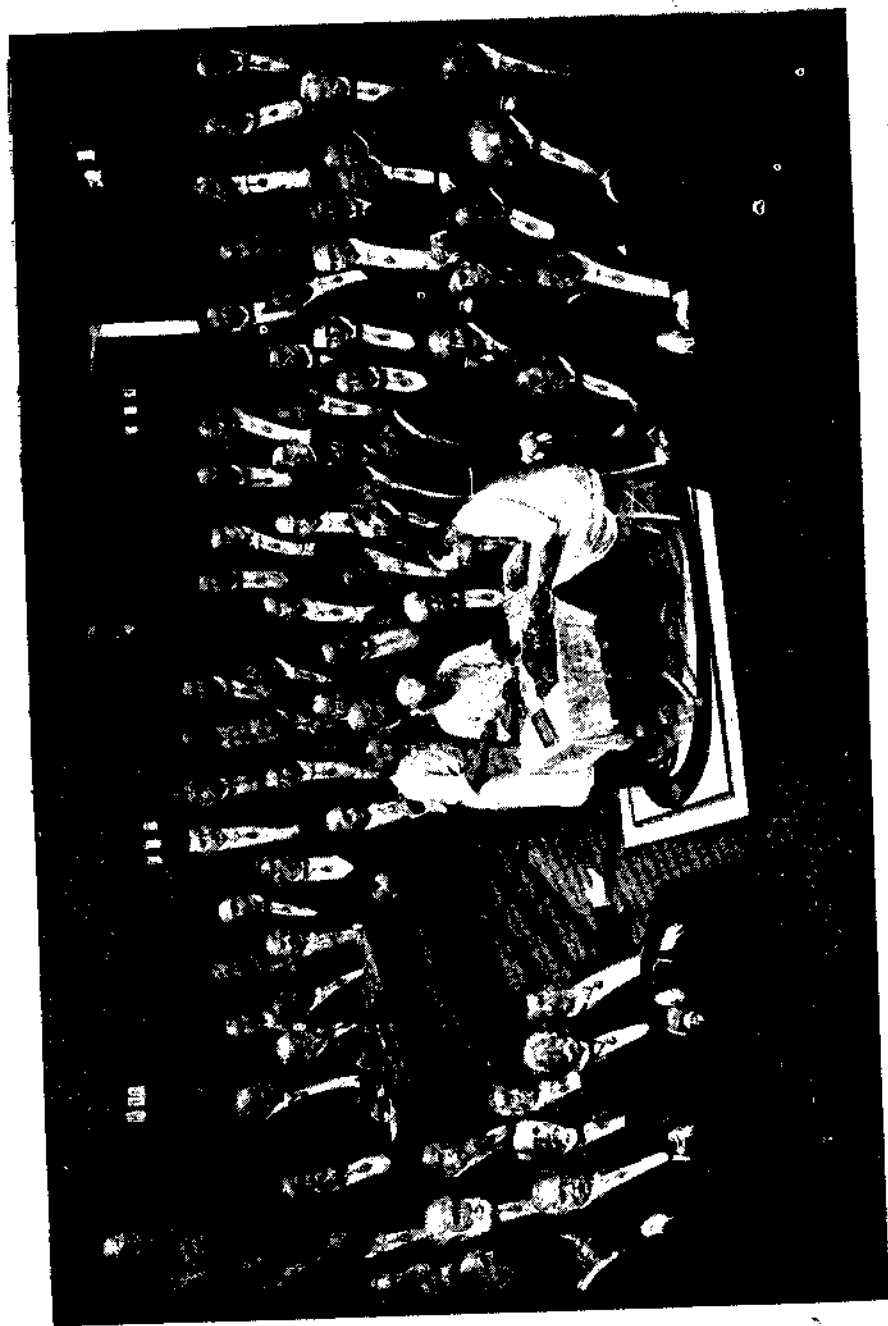


FIG. 2. El cuadro de los Académicos de 1923, según una fotografía tomada a poco de su terminación. Compárese con su estado actual, después de restaurado (figura 1).

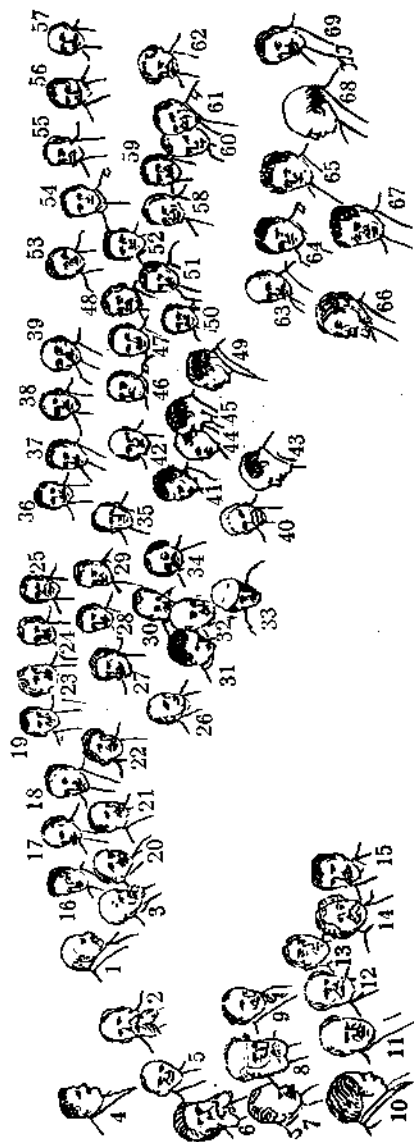


FIG. 3. Pauta para la identificación de los académicos representados en el cuadro de 1923.

1. Manuel S. Soriano (1837-1927); 8. Manuel Villada (1841-1924); 3. Manuel Toussaint (1860-1927);
4. Santiago Ramírez (1885-1945); 5. Francisco Hurtado (1859-1937); 6. Gregorio Mendizábal (1846-1932);
7. Octaviano González Fabela (1870-1928); 8. Alberto López Hermosa (1850-1928); 9. José de Jesús González (1873-1933); 10. Enrique O. Aragón (1880-1942); 11. Samuel García (1862-vive); 12. Ramón Icaza (1848-1926); 13. Miguel R. Soberón (1873-1947); 14. Jesús E. Monjarás (1846-1944); 15. Nicolás Ramírez de Arellano (1831-1924); 16. Gabriel M. Malda (1876-vive); 17. José Terrés (1864-1924); 18. Germán Díaz Lombardo (1872-1924); 19. Luis S. Viramontes (1879-1947); 20. Luis Troconis Alcalá (1870-1930);
21. Julián Villarreal (1869-1934); 22. Emilio F. Montaña (1863-1936); 23. Ignacio Prieto (1870-1930);
24. Joaquín Cosío (1866-1943); 25. Manuel Uribe y Troncoso (1867-vive); 26. Daniel M. Vélez (1867-1936);
27. Francisco Bulman (1868-1943); 28. Juan Manuel Noriega (1869-vive); 29. Antonio F. Loaeza (1871-1947); 30. Demetrio López (1880-1940); 31. José Joaquín Izquierdo (1893-vive); 32. Ricardo E. Cicero (1869-1935); 33. Fernando Ocaranza (1876-vive); 34. Jesús Arroyo (1868-vive); 35. Ángel Briso Vasconcelos (1883-1933); 36. Francisco Paz (1881-vive); 37. Rosendo Amor (1879-vive); 38. Emilio del Raso (1868-1947); 39. Gonzalo Castañeda (1872-1947); 40. Ricardo E. Manuelli (1867-1949); 41. Ulises Valdés (1874-1938); 42. Rafael Silva (1876-1949); 43. Francisco de P. Miranda (1890-1950); 44. Antonio F. Alonso (1868-1955); 45. Everardo Landa (1877-1950); 46. Tomás G. Perrín (1881-vive); 47. Miguel E. Cordero (1869-1951); 48. Manuel Godoy Álvarez (1867-1936); 49. Pedro P. Peredo (1865-1923); 50. Alfonso Pruneda (1879-vive); 51. Ernesto Cervera (1885-vive); 52. Juan Velázquez Uriarte (1865-1945);
53. Eliseo Ramírez (1888-1940); 54. José Tomás Rojas (1891-vive); 55. Daniel Vergara Lope (1865-1938);
56. Manuel S. Iglesias (1860-1941); 57. Antonio Matienzo (1859-1932); 58. Ángel Vallarino (1876-vive);
59. Rafael Carrillo (1870-1941); 60. Isidro Espinosa de los Reyes (1887-1951); 61. Luis Rivero Borrell (1883-1955); 62. Ramón Pardo (1868-1940); 63. Ernesto Ulrich (1876-1940); 64. Francisco Castillo Nájera (1886-1955); 65. Ricardo Tapia Fernández (1871-vive); 66. José María Gama (1856-1936); 67. Genaro Escalona (1878-1940); 68. Nicolás León (1859-1929); 69. Rafael Rojas Loa (1879-vive).

ambiente en que siempre se había trabajado, que no saldrá sobrando evocar con ayuda de la adjunta fotografía (fig. 4) y de palabras semejantes a las que años más tarde se dirían a propósito de un segundo regreso:²⁷ "Volviéron los semblantes de nuestros presidentes muertos a vigilar la marcha de los trabajos académicos; volviéron a sus puestos el dosel carmesí,

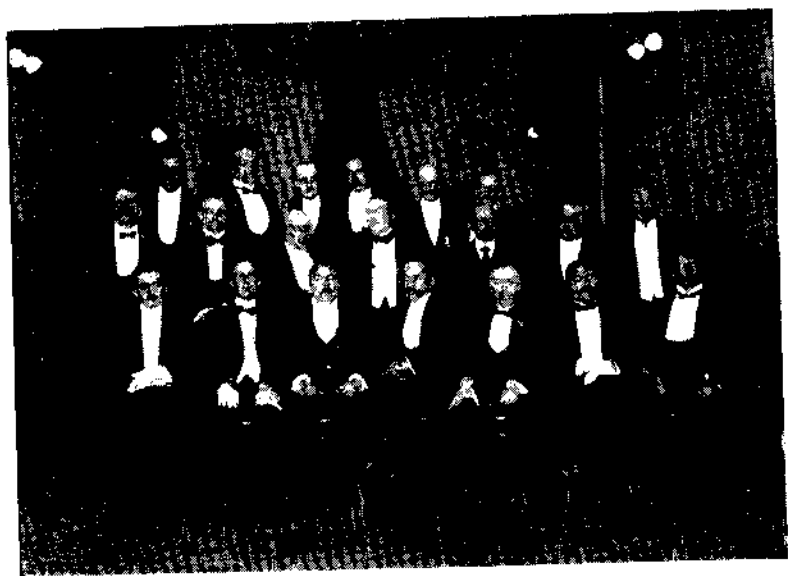


Fig. 4. Grupo de académicos²⁸ después de la sesión inaugural del 1º de octubre de 1920²⁹, única que llegó a celebrar la Academia en el edificio de la Facultad durante un período de doce años (1913 a 1924).

y los sillones, y todas las reliquias de la Academia; los pasos se ahogaron de nuevo sobre la vieja y muelle alfombra; los libros volvieron a sus estantes, y la Academia contó de nuevo con su pequeña sala de juntas parciales. Todas las cosas que se habían guardado por algunos años, esperando el día de la reivindicación, estaban nuevamente en su sitio, maltrechas y envejecidas."

Seguros estaban todos de que la Academia ya no volvería a salir de su antigua morada, pero ignoraban que desde el mes de mayo, otro Director, con igual pretexto que el anterior, gestionaba ya su expulsión, y a la vuelta de sólo diez semanas la lograría y se ufanaría de haber "recu-

²⁷ Ocaranza, F. *Discurso* en la sesión del 1º de octubre de 1925. *Gaceta Médica de México*, Tomo LVI (1925) pág. 336.

²⁸ Véase: *Gaceta Médica*, Tomo LV (1921-1923) pág. 657.

perado el salón de actos de la Escuela".²⁸ Esta vez, las labores pudieron ser reanudadas desde marzo de 1921,²⁹ en el gran salón de Juntas del Consejo de Salubridad, facilitado por su Jefe, el académico don Gabriel Malda. Allí, en la solemne sesión del 1º de octubre siguiente, tanto el presidente saliente, doctor don Nicolás León, en su discurso,³⁰ como Izquierdo, primer secretario anual, en su reseña de las labores del año,³¹ dejaron constancia de lo sucedido.

La postración y decadencia de la Academia eran manifiestas, y el doctor León, tras de atribuir las en su discurso, a que la vida de la institución seguía apegada a formas anticuadas que ya debía abandonar, propuso que sin caer en afán inmoderado de novedades y extranjerismos, hiciera reformas a su reglamento, entre otras la de hacer que entre los académicos hubiera botánicos, zoólogos, químicos y biólogos.³² Venía existiendo un verdadero clamor, recogido por la *Gaceta* en uno de sus editoriales,³³ para que se cambiara el deplorable sistema seguido para la elección de los nuevos académicos, que después de admitidos tenían que ir a sentarse "a la vera de quienes los habían vapuleado porque creían que habían debido juzgarlos sin piedad, para que comprendieran la honra tan elevada que se les confería al admitirlos". Se recordaba particularmente el caso que Miranda calificaría más tarde de "severo e injusto".³⁴

Al año siguiente se logró que fueran aprobadas algunas reformas,³⁵ que sin haber tenido todo el alcance que era de desearse, fueron al menos las que la época y el medio permitieron:³⁶ creación de la categoría de los socios retirados, llamados actualmente titulares, que hizo posible que sin perder ninguno de sus derechos, los académicos más antiguos pudieran quedar relevados de sus obligaciones, oportunidad a la cual desde luego se acogieron cuatro veteranos socios; implantación de un nuevo sistema de admisión para el ingreso de los socios; adopción de las actuales insignias académicas, etc.³⁷ Las benéficas consecuencias que pudieran resultar de tales reformas, y de la llegada de los hombres nuevos, no podrían esperarse

²⁹ En 30, pág. 611.

³⁰ León, N. *Discurso* como presidente saliente, el 7 de octubre de 1922. *Gaceta Médica de México*, Tomo LV, págs. 609-613.

³¹ Izquierdo, J. J. *Informe sobre las labores académicas* desarrolladas durante el año social de 1921-1922. *Ibid.*, págs. 583-602.

³² Loc. cit. en 30, pág. 612.

³³ *Editorial: Reformemos el Reglamento de la Academia*. *Gaceta Médica de México*. Tomo LV (1921) págs. 345-346.

³⁴ Véase la *Gaceta*, Tomo LVI (1925), pág. 143.

³⁵ Noticia relativa en la *Gaceta Médica de México*, Tomo LV, págs. 654-655.

³⁶ Véase el *Reglamento número 16 de la Academia Nacional de Medicina*. Año de 1923. Folleto de 44 páginas.

³⁷ Véase, acerca de éstas, una próxima nota del doctor F. Fernández del Castillo.

sino hasta después de algunos años. Entre tanto, la vida académica seguía consistiendo principalmente en celebrar sesiones para escuchar y comentar los trabajos leídos, o las comunicaciones verbales que frecuentemente había que improvisar porque faltaban aquéllos, así como para examinar enfermos llevados por los clínicos, no tanto por lo raro o interesante de su condición, sino para que sus colegas dieran fe de los éxitos logrados con sus tratamientos. Se pensaba, y siguió pensando en años ulteriores, que tal manera de trabajar era la propia de las academias, y que les imprimía carácter conservador. Nadie parecía enterado, según luego insistiremos, de que lo que hizo surgir a las primeras academias, fué el espíritu de rebeldía en contra de la rutina imperante en las universidades, que fué el que creó a aquéllas, como la única forma de poder hacer ciencia fuera de éstas. Por el desconocimiento de tales antecedentes históricos, se aceptaba como normal un modo de trabajar que sin embargo, para algunos revelaba decadencia.

En efecto, en la inauguración académica de octubre de 1923, el presidente saliente, doctor Gonzalo Castañeda declaró³⁸ que un hálito frío helaba y paralizaba los trabajos de la corporación; que el año anterior había pasado "oscuro y casi silencioso", y que "causas desconocidas e intangibles, obrando de consuno, habían determinado pasajera y temporal decadencia". Le pareció que muchos de los académicos estaban "fatigados por la edad, o de tanto batallar; que la palabra antes cálida de otros, ya había dejado de ser escuchada"; que en los que habían sido "en un tiempo, entusiastas, y animosos", el desaliento les impedía seguir aportando la luz y el saber, y que muchos no eran ya sino "veteranos cargados de gloria pretérita que vivían en retiro, apartados del peligro y del esfuerzo". Reconoció, sin embargo, que un núcleo "asiduo y constante, de infatigables y perseverantes, atizaba el fuego y mantenía el valor de la vida académica", y aunque con ello se refería a los componentes de las juntas directivas, que habían mantenido en marcha a la Academia, y a los que con su asistencia regular y sus trabajos habían hecho posible que se celebraran las sesiones, es de justicia recordar de modo especial, a dos académicos que tuvieron a su cargo la publicación de la *Gaceta Médica*, en épocas difíciles, de 1915 a 1919, Everardo Landa, y de 1920 a 1926, Angel Brioso Vasconcelos; a don Nicolás León, por su empeño porque se hicieran reformas y porque se prestara atención a la historia de la corporación, y naturalmente, a don Gabriel Malda y a don Alfonso Pruneda, que con

³⁸ Castañeda, G. *Discurso* en la sesión inaugural del 1° de octubre de 1923. *Gaceta Médica de México*, Tomo LV (1921 a 1923) págs. 802 y 803.

haber proporcionado un salón para las reuniones, contribuyeron efectivamente a mantener la vida de la Academia.

Precisamente cuando el doctor Castañeda dejaba trazados los sombríos rasgos más salientes, pero principalmente negativos, del momento evolutivo en que se hallaba la Academia hacia 1923, el cuadro de los académicos se hallaba en el proceso de ejecución, y dejaba constancia del rasgo positivo sin duda más importante de aquel momento evolutivo, que no por haber escapado a la agudeza perceptiva del doctor Castañeda, dejaba de ser el punto de partida para nuevos progresos futuros: el que consistió en haber colocado en el centro del cuadro, y como asunto principal hacia el cual hizo el artista converger la atención de todos los académicos, el grupo de los que practicaban una vivisección.³⁹

Ciertamente el doctor Soriano fué puesto a presidir la irreal asamblea, tan sólo por decano, pero si nos imaginamos que las palabras que dirige a los presentes pudieron ser muy bien para expresar la satisfacción con que veía que en nuestra *Escuela de Medicina* volviesen a ser practicadas vivisecciones, como cuando hacía ya casi sesenta años él lo había hecho como ayudante del doctor Carpio,^{40, 41} con ello daremos realce todavía mayor al sentido de la escena central del cuadro, que vino a ser el más acertado y cabal reconocimiento de la importancia y alcance que tenían los primeros empeños encaminados a señalar nuevos caminos para el progreso de las ciencias médicas patrias. Los había iniciado desde hacía unos cuantos años el académico don Fernando Ocaranza, quien ayudado por entusiastas colaboradores, había empezado a dar al laboratorio, parte más importante en la enseñanza de la fisiología,⁴² y que además venía pidiendo, que "el pensamiento fisiológico fuese empleado en la investigación médica", y que "los procedimientos que siguiere la medicina como ciencia física, fuesen tomados, copiados de los fisiólogos",⁴³ y luchando porque las cátedras de patología y las clínicas abandonasen los rutinarios caminos que venían siguiendo, y considerasen sus problemas con criterio funcional.⁴⁴

³⁹ El Doctor Ocaranza quiso aparecer ejecutando una resección bilateral del canal deferente del cuy, de cuyos resultados dió cuenta en sus memorias 1ª, 2ª y 3ª, *Contribución experimental para el estudio de la fisiología del testículo*. Revista Mexicana de Biología. Tomos I (1921), pág. 229; II (1922), pág. 219, y IV (1923-1924), pág. 27.

⁴⁰ Véase 4, pág. 168.

⁴¹ Véase también la nota 20 del trabajo del autor: *La labor de los Académicos Mexicanos en pro de la fisiología*, citado en la nota 7.

⁴² Véase 4, págs. 268-281.

⁴³ Véase 4, pág. 304, y "Medicina" (México) Tomo X (1929), pág. 17.

⁴⁴ Véase la exposición relativa del Doctor Ocaranza, en su *Historia de la*

3. *Hombres nuevos para el futuro*

Aunque el doctor Castañeda agregó, en su discurso presidencial, que "ya vislumbraba mejores horizontes, porque la Academia se estaba renovando con talentosa juventud",⁴⁵ del cuadro ya no es posible sacar información alguna acerca del futuro, siempre incierto y oscuro.

Sólo quedó constancia en el cuadro, de que ya empezaban a llegar a la Academia jóvenes llenos de entusiasmo, profesores ya unos, de la antigua *Escuela*; otros, de la novísima *Escuela Médico Militar*, y aún algunos de ambas. De ellos, algunos habían participado en la reciente creación de la *Sociedad Mexicana de Biología*,⁴⁶ y dos, Francisco de P. Miranda y José Tomás Rojas, ya estaban de vuelta del extranjero, después de haber ido a buscar nuevos conocimientos y nuevas inspiraciones.

En cuanto a las tareas que eran de esperarse de todos y cada uno de ellos, en su calidad de hombres nuevos, sólo el correr de los años permitiría saber si las acometían; conocer su índole y sus alcances; apreciar el esfuerzo y perseverancia que llegaran a poner en su ejecución, y saber hasta qué grado lograban realizarlas.

C. *Comentario.*

Puesto que la revisión del pasado no es fecunda si no va seguida de las enseñanzas a que pueda dar lugar, para con su ayuda encontrar nuevos caminos de progreso, a la exposición que antecede se agrega este breve comentario, encaminado principalmente a aclarar si el estado de decadencia en que se hallaba nuestra Academia, hacia 1923, fué exclusivamente debido a los sucesos que hemos visto que afectaron su vida durante la década anterior, o más principalmente, a que todavía no hubiese logrado organización y desarrollo adecuados, de acuerdo con su categoría de Academia.

Según me permití recordarlo en la inauguración del año académico de 1946,⁴⁷ la revolución intelectual del siglo xvi hizo que los hombres levantaran la cabeza, que siempre habían tenido inclinada sobre los textos clásicos, y empezaran a contemplar el mundo que tenían en su derredor.

Medicina en México, México, 1934. págs. 193 y 200.

⁴⁵ Castañeda, en 38, pág. 802.

⁴⁶ Véase la nómina de sus socios fundadores y redactores, en la *Revista Mexicana de Biología*, Tomo I (1920), pág. 2.

⁴⁷ Izquierdo, J. J. *Discurso al tomar posesión de la presidencia de la Academia*. Gaceta Médica de México, Tomo LXXXVI (1946), págs. 79-89.

Particularmente dentro del campo de la biología, comprendiendo, naturalmente, la medicina, los problemas que antes sólo se habían planteado en sus aspectos filosóficos y especulativos, empezaron a ser vistos en términos científicos, y sobre bases cada vez más amplias, sacadas de la observación y del experimento. Desde luego se comprendió que para la práctica de ambas era preciso contar con nuevos medios de trabajo: colecciones, jardines botánicos, anfiteatros anatómicos, salas de hospitales, laboratorios con instrumentos y aparatos especiales, bibliotecas y medios adecuados de publicación. Las universidades y las facultades médicas del tiempo, creaciones por igual de la Edad Media, y por igual asidas a sus más rancias tradiciones, ni contaban con los nuevos medios de trabajo, ni mucho menos se mostraban dispuestas a proporcionarlos. Con la misma obstinación con que siguieron impartiendo tan sólo el saber clásico, durante dos centurias más, se mantuvieron opuestas a que las ciencias penetraran a sus recintos.

Como la única forma de poder empezar a hacer ciencia fuera de ellas, y también como manifestaciones de protesta por los obstáculos encontrados, fué como empezaron a surgir las academias y otras instituciones similares, concebidas por algunos como verdaderos monasterios científicos no monásticos, a la manera de la utópica *Casa de Salomón*,⁴⁸ soñada en su *Nueva Atlantis* (1626) por Francis Bacon (1561-1626), pero que ya con anterioridad había tenido como primera realización, en 1603, la *Accademia dei Lincei*, creada en Roma por Galileo (1564-1642) y sus colegas, para el cultivo de las ciencias experimentales, "*non neglectis interim amoeniorum musarum et philologiae ornamentis*".⁴⁹ Después de que medió el siglo xvii, siguieron: la *Royal Society*, en 1660, en Inglaterra, y la *Academia Francesa de Ciencias*, en 1666. En el siglo xviii, las Academias de Prusia (1711); de Madrid (1713); de Rusia (1725); de Goettingen (1737); de Succia (1739), y otras.

Para que quede debidamente comprendido el espíritu que hizo surgir a las nuevas instituciones, conviene recordar los orígenes de una de las más ilustres y tempranas, próxima ya a completar su tercera centuria de vida fecunda y fielmente apegada a las inspiraciones originales de su creación: a la *Royal Society*.⁵⁰ Aquel su infortunado fundador, aunque calificado de

⁴⁸ Véase Harvey *Iniciador del Método Experimental*, por J. J. Izquierdo. Estudio crítico de su obra *De Motu Cordis* y de los factores que la mantuvieron ignorada en los países de habla española, con una reproducción facsimilar de la edición original y su primera versión castellana. Ediciones Ciencia. México. págs. 6-14.

⁴⁹ *L'Accademia dei Lincei*. En el Anuario della R. Accademia Nazionale dei Lincei, per l'anno 1929. CCCXVI della sua fundazione. Roma. Dott. Giovanni Bardi, tipografo della R. Acc. dei Lincei. pág. 3.

⁵⁰ Las citas que siguen fueron tomadas de *The Record of the Royal Society of London, for the promotion of Natural knowledge*. Fourth Edition. London. Printed for the Royal Society by Morrison & Gibb Ltd. Edinburgh. 1940.

rey alegre por sus contemporáneos, se redimió con creces de tal dictado, con haber declarado en la primera carta constitutiva⁵¹ de aquella gran compañía, que deseoso "de ser reconocido, no tan sólo como defensor de la fé,

TRIMESTRE
DE LAS ENFERMEDADES
CONSTITUCIONALES
QUE REYNARON EN LA ESTACION
DE ESTÍO
DE ESTE PRESENTE AÑO,
LEIDO Y PRESENTADO
A LA
ACADEMIA MEDICO QUIRURGICA
DE LA PUEBLA DE LOS ANGELES
POR SUS SOCIOS COMISIONADOS,
MANUEL MENDEZ, MARIANO ESCALANTE,
Y JUAN NEPOMUCENO RAUDON.

PUEBLA: 1825.
Oficina de Moreno hermanos.

FIG. 5. Portada de la pequeña monografía de 1825, de los Académicos de Puebla.

sino como amante y patrón de la verdad", era su propósito "ensanchar, no sólo los límites del imperio, sino también los de las artes y las ciencias", fomentando para ello, muy en particular, "los estudios filosóficos que tendiesen, ya fuese a dar forma a la nueva filosofía, o al perfeccionamiento de la antigua". En los estatutos del año siguiente (1663)⁵² ya quedó prescrito que en las reuniones de la nueva sociedad se "diera cuenta de los experimentos y observaciones filosóficas, para considerarlas y discurrir acerca

⁵¹ *Charta prima*, A. D. MDCLXII, *ibid*, pág. 215, y su traducción inglesa, en la pág. 226.

⁵² *Original Statutes of 1663*, *ibid*, págs. 286-301.

de ellas",⁵³ y también se dieron indicaciones acerca de los experimentos que deberían ser ejecutados, y de las personas a quienes habría que confiarlos, de la forma en que debería darse cuenta de ellos, en "narraciones escuetas de los hechos, sin prefacios, apologías, o adornos retóricos"⁵⁴. Hasta nuestros días⁵⁵, la *Royal Society* no ha dejado de estar tomando a su cargo diversas investigaciones científicas; de vigilar la marcha de otras muchas, en diversas instituciones y Universidades, y de seguir produciendo valiosas publicaciones. Sus famosas *Philosophical Transactions*, cuyo primer volumen anunció en 1665 que serían "*an accompt of the present undertakings, Studies and Labours of the Ingenious in many considerable parts of the World*", desde su tomo 178 (1887) quedaron divididas en su serie físico-matemática (A) que pasa ya a su tomo 223, y en su serie biológica (B) que alcanza ya a su tomo 142; sus no menos notables *Proceedings*, empezados en 1832, desde 1904, continuaron divididos en dos series similares, que van ya en los tomos 245 y 236, respectivamente.

Pasando a considerar la suerte que corrieron las aspiraciones científicas que dieron origen a las Academias y a las instituciones similares, cabe decir que hasta ya iniciado el siglo XIX, fué cuando empezaron a ocurrir tres órdenes de hechos, indicadores de que ya empezaba a ceder la actitud hostil con que habían sido vistas en un principio: En primer lugar, empezaron algunas universidades a organizarse para la investigación, o sea, a convertirse en verdaderas academias científicas, o grupos de sabios entregados a la investigación. En segundo lugar, a resultas de la multiplicación creciente de los campos de especialización en las ciencias, como ya no era posible que todos los socios de una academia pudieran participar en las discusiones particulares de cada campo, tuvo que acentuarse su repartición en grupos relacionados con cada uno de ellos. En tercer lugar, y a resultas de la misma especialización, empezaron a formarse sociedades científicas, cada vez más numerosas, que venían a ser verdaderas pequeñas academias.

Sorprende, a primera vista, que hasta dicha época, y después de algunos tempranos e imperfectos intentos en el último tercio del siglo XVIII⁵⁶, hayan empezado a existir entre nosotros, academias con visión clara de lo que deberían ser: en Puebla, en la segunda década del siglo XIX, y en la ciudad de México, hasta la tercera.

⁵³ Cap. IV, párrafo V, *ibid*, pág. 289.

⁵⁴ Cap. V, párrafo III-IV, *ibid*, págs. 289-290.

⁵⁵ Véase en la obra cit. en 50, el capítulo IX, págs. 185-214.

⁵⁶ Véase: Izquierdo, J. J. 1949. *Raudón, Cirujano Poblano de 1810*. Aspectos de la Cirugía Mexicana de principios del siglo XIX, etc. Con un prefacio del Doctor Max Neuburger. Ediciones Ciencia. México, D. F. Véase la nota 36, en la página 270.

Son memorables en la historia de las ideas científicas en México, las palabras con que se expresaron al respecto, en 1825, los académicos de Puebla, que por lo mismo, conviene copiar de la pequeña memoria (figura 5)⁵⁷ en la cual las formularon⁵⁸: "En las asambleas académicas es en donde los profesores, reunidos por convencimiento, anhelan con sus trabajos *penetrar en los arcanos de la Medicina Quirúrgica*"... "En los cuerpos académicos es en donde la noble emulación arrebatando los espíritus los hace olvidar los escollos de las ciencias, y abrazando sus diferentes ramos los fructifica en provecho y utilidad del público. En el seno de las academias es en donde registrándose el gran libro de la naturaleza, ya unos ventilan sus fenómenos y demarcan las leyes de la existencia, ya otros advierten las enfermedades y designan los medicamentos, ya estos analizan el cuerpo y patentizan sus diferentes partes, ya aquellos en fin velan las funciones de la economía viviente y demuestran el problema de la vida. De todas estas ventajas tan brillantes tenemos un argumento poderoso en las academias extranjeras que defienden las tesis que derriban opiniones erróneas, y desentrañan del centro de los cadáveres la verdadera causa de las afecciones morbosas. Confírmase el fruto de todo esto, en las memorias publicadas, en las que el mundo literario, encontrando la verdad demostrada con los hechos, y los hechos ratificados con la experiencia, les tributa el merecido homenaje con sus alabanzas".

Así como en Europa los progresos de las ciencias habían sido debidos a las academias, esperaban los académicos poblanos, que "la América, en circunstancias favorables, que serán el auxilio del gobierno y el poder de las autoridades, los haría sin disputa con el tiempo".⁵⁹

Algunos años más tarde, don Casimiro Liceaga (1792-1855), primer director de nuestra nueva Escuela de Medicina, recordó que los fundadores de la Academia de Puebla habían trabajado "con tenacidad sin ejemplo, que de haber habido alguna protección, hubiera dado excelentes frutos",⁶⁰ pero reconoció que su esfuerzo había sido insuficiente, porque "el sistema colonial, que todo lo secaba, marchitó en flor cuantas plantaciones se hicieron".⁶¹

⁵⁷ Raudón, Juan Nepomuceno, Manuel Méndez y Mariano Escalante. 1825. *Trimestre de las enfermedades constitucionales que reynaron en la estación del Estio de este presente año*. Leído y presentado a la Academia Médico Quirúrgica de la Puebla de los Angeles por sus socios comisionados, Puebla, 1825. Oficina de Moreno Hermanos. Folleto de 50 páginas, 14.1 por 9.8 cm.

⁵⁸ Véase la reproducción facsimilar, en 56, pág. 236.

⁵⁹ En 56, págs. 3, 4 y 5.

⁶⁰ *Prólogo* para el Tomo III (1838) del Periódico de la Academia de Medicina, págs. 3-8.

⁶¹ *Ibid.*, pág. 4.

Igual feliz comprensión de lo que debía ser una academia, y de las fecundas relaciones que sus miembros debían tener con la enseñanza, revelaron los componentes del grupo reformador del que me ocupé ante ustedes en una sesión anterior,⁶² con haber propuesto que el *Establecimiento de Ciencias Médicas*, de 1836, quedara integrado por un *Colegio de Medicina*, por nuestra *Primera Academia de Medicina*, y por un *Hospital Clínico*.⁶³ ¡Lástima grande que sólo durante la efímera vida de nuestra *Primera Academia*, haya tenido parcial realización, una organización que tempranamente pudo haber iniciado lo que hoy buscamos⁶⁴ con la formación de grupos de catedráticos especialmente dedicados a la enseñanza y a la investigación! ¡Lástima que en el resto del siglo, y aun en los principios del actual, se olvidaran las ligas que originalmente habían unido, como partes de un todo, a la Academia y a la Escuela, y ya sólo se pensara que entre ellas no había más que un simple *hermanazgo*!⁶⁵

El alejamiento en que después siguieron viviendo nuestra Academia y la Escuela hasta 1923, agravado por las desavenencias de la década anterior, con haber impedido las íntimas ligas y las benéficas influencias mutuas que de ellas se hubieran derivado, en mucho debe haber contribuido a que para entonces, ni la *Academia* ni la *Escuela* tuvieran alcanzada la organización que por primera vez se buscó con la creación de las *Academias*.

Desde entonces, y hasta el momento presente, venimos viendo con satisfacción, que los ideales científicos, que desde principios de la centuria empezaron a promover con vigor creciente el Renacimiento científico de las universidades, alcanza al fin a la nuestra y a otras instituciones de enseñanza y de investigación, que entre tanto han surgido.^{66 67} Todo hace esperar que la importancia de los departamentos y facultades de ciencias, principalmente como consecuencia de las tareas que desarrollen, será cada vez mejor apreciada y consecuentemente sus labores debidamente impulsadas.

Como nuestra Academia, entre tanto, ha seguido en la misma condi-

⁶² Trabajo citado en 7.

⁶³ Véase el *Diario del Gobierno de la República Mexicana*, VII (1837) número 636, del 25 de enero. Véase también el Capítulo XXI del libro en prensa por J. J. Izquierdo *El Doctor Montaña y los orígenes del movimiento social y científico de México*, con un prefacio por el Dr. H. E. Sigerist. Ediciones Ciencia. México.

⁶⁴ Véase 4, págs. 301-318.

⁶⁵ Véase 14, pág. 259.

⁶⁶ Véase 4, págs. 319-330, y también 67.

⁶⁷ Izquierdo, J. J. 1947. *Nuevas rutas para la especialización científica en México*. Publicación de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, Instituto Politécnico Nacional. Editorial Cultura, T. G., S. A. México, D. F. Folleto de 40 págs.

ción que señalaba en 1946,⁶⁸ privada de la organización y medios de trabajo de que debió disponer desde sus orígenes, cabe volver a preguntar si seguirán persistiendo todavía razones para su existencia, o si por falta de ellas, ha tocado ya a su término, el período durante el cual pudo ser de utilidad.

Con relación a esto último, si recordamos que según mi dilecto amigo John F. Fulton,⁶⁹ aun en países como Inglaterra, tendrán que pasar varias centurias para que las academias científicas dejen de ser necesarias, bien podremos admitir que para la nuestra queda abierto todavía un período de valiosos servicios, con tal, por supuesto, de que oportunamente sepa adoptar organización y programas de trabajo adecuados. En cuanto a las tareas que deba realizar, ya hemos repasado en otra ocasión⁷⁰ algunas de las que posiblemente podría emprender, además de la que viene realizando como campo desde el cual encuentran difusión los trabajos ejecutados por sus componentes en lugares para la investigación, de los cuales ella carece.

Hagamos un voto ferviente porque cuando nuestra Academia llegue a su edad centenaria, pueda ya quedar de manifiesto, que su marcha siguió siendo ascendente y cada vez más ajustada al espíritu de progreso científico que hizo surgir a las primeras Academias.

⁶⁸ Véase 47.

⁶⁹ Fulton, John F. 1931. *The Rise of Experimental Method*. Bacon and the Royal Society of London. The Yale Journal of Biology and Medicine. pág. 320.

⁷⁰ Véase 47.